

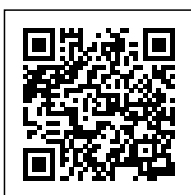
LA LLAMADA EDAD MEDIA. 1945

Posted on 04/08/2020 by Redacción

Fecha:1945

Referencias Bibliográficas:

Romero, José Luis. «La llamada Edad Media». En *La Nación*, Buenos Aires, 1945. [Incluido en *Sobre la biografía y la historia*. 1945.]



La llamada Edad Media

Pese al innegable vigor con que aun se manifiesta la esperanza del indefinido progreso, también la inquietud contemporánea comienza a soñar con la ilusión de un retorno feliz de ciertas formas de existencia que, en el cristal del tiempo, reflejan solamente sus tonalidades más puras; aquellas, precisamente, que parecen satisfacer los anhelos de los espíritus acongojados por la incertidumbre del mañana. La experiencia no es nueva. A cada paso, en el largo camino corrido por la inquieta cultura de Occidente, nos sale al encuentro esta singular actitud, cada vez que se cubre de espesas nubes el panorama del propio destino y una generación comienza a sospechar que ha perdido su rumbo. Entonces el pasado se torna Edad de Oro y los espíritus melancólicos prefieren abismarse en su contemplación, acaso para no afrontar la dura tarea de cavar cimientos sin la esperanza de llegar a ver erigida la enhiesta torre.

Esa actitud origina un saber, aunque no siempre logra un conocimiento verdadero. Se espera de él, o el solaz de una huida, o quizás el hallazgo de una revelación que proporcione, madurado sin el esfuerzo, el secreto del sino histórico. Se espera recoger el legado de una experiencia secular; y acaso, escondida en él, la fórmula secreta y mágica con que resolver, sin el dolor de la creación, el renovado conflicto entre los ideales de perfecta estructura y la inmediata realidad, tempestuosa y proteica.

Esta inquietud contemporánea ha comenzado a cobrar clara conciencia de su sentido peculiar y se vuelve -nostálgica y activa a un tiempo- hacia el enigma del mundo medieval. Purificado por una intención preconcebida, descubre en él un primado del orden: y movida por su propia inquietud se apresura a oponerlo, en vivo contraste, a la realidad disgregada y multiforme en que se debate, sin querer examinar el engañoso simplismo que oculta la contraposición de un esquema ideal con la realidad viva.

No es necesario señalar, por conocidos, los testimonios de esta forma de preocupación por la Edad Media. El forzoso retorno a sus peculiarísimos esquemas sociales y espirituales ha tenido ya más de un mesiánico profeta, que pretende olvidar que el tiempo no transcurre en vano. Pero apresurémonos a señalar que, junto a estas formas del conocimiento de lo medieval, se afirma ya otra, menos urgida por el afán de hallar allí soluciones precisas aunque no menos segura de que hay en él un secreto cuyo descubrimiento es capital para entender el sino de la cultura de Occidente. Puede esperarse de ella un conocimiento verdadero, y no es difícil que su luz aclare el área del presente.

Esta segunda forma del retorno a la cultura medieval, iniciada a principios del siglo XIX y apenas interrumpida luego, adquiere una renovada intensidad en diversos dominios. En el campo de las ideas generales, en el de la filosofía o en el de la creación plástica o literaria, se advierte sin esfuerzo un acentuado afán por alcanzar la recta comprensión de los supuestos que animaron su actividad creadora. Ya poseemos algunos estudios exhaustivos dentro de campos limitados, pero faltan los

que proporcionen al hombre culto la indispensable visión panorámica de su totalidad. Aquel retorno y esta ausencia mueven a la meditación, impulsada, acaso, por la provechosa lectura de las breves y luminosas páginas de Gustave Cohen, que ha querido titular su último libro, con intención justiciera y polémica, "La grande clarté du Moyen Age".

No será inútil hilar algunas reflexiones sobre la trascendencia que tiene para nuestro tiempo el comprender a fondo, sin que el amor o el odio desfiguren la perspectiva, el vasto mundo que se reúne, indiscriminado, en el concepto de Edad Media. Pero quizá sea previo a ese examen señalar con suficiente claridad el equívoco de este nombre, evocador de tantas cosas diferentes. No es escaso lo que hoy se sabe de esos tiempos: pero debe ser rudimentaria y limitada todavía su comprensión, cuando parece lícito, aun a sus más profundos conocedores, mantener encuadrado en un solo concepto este largo período de diez siglos, en el que la investigación ya ha señalado crisis diferenciadoras y elementos dispares.

Acaso sea ya hora de afirmar categóricamente que la Edad Media no existe como una unidad. Ni las preocupaciones espirituales, ni las formas de vida, ni la actitud frente a la realidad se someten sin resistencia a la coerción de las explicaciones simplistas, afanadas por reducir a esquemas empobrecidos la variedad de su impulso creador. Y el error se agrava cuando, en el apremio de las generalizaciones históricas, se atribuye al concepto de Edad Media una validez universal, como si tuviera alguna significación morfológica por sí mismo. En efecto, si se puede admitir -por la sola gravitación de la terminología tradicional- que la llamada Edad Media constituye una etapa, en sentido lato, de la cultura de Occidente, no es lícito, en modo alguno, extender su significado hasta asignarle valor de caracterización de un período histórico; porque, sin duda, nada significa referido al mundo bizantino, al musulmán, al iránico, o al mogol, todos los cuales entrecruzan sus existencias en la cuenca mediterránea y configuran con algún trazo singular la vida histórica, pero sin que se los vea perder su autonomía ni ajustarse a las estructuras que parecen válidas para la cultura occidental en sentido estricto. Sin embargo, apresurémonos a decir que ni aun referido a la cultura occidental es justo el concepto de Edad Media, falso y confuso en cuanto al sentido mismo de las palabras tanto como en los supuestos que arrastra desde un pasado secular. Para la cultura occidental, en sentido estricto, la época que se esconde bajo ese nombre equívoco, o, al menos, parte de ella, no constituye una etapa de tránsito sino una etapa de constitución y elaboración. Nada hay en ella que con exactitud pueda definirse como intermedio entre un origen y un desenlace, a menos que renunciemos a comprender su propia significación y a gustar su rica originalidad. Por eso prefería Gustave Cohen designar -polémicamente- a la Edad Media con el nombre de Primera Edad, seguro de definir de ese modo más justamente el lugar que le corresponde en el proceso de la formación de la cultura occidental.

Y la observación no carece de importancia, porque consiste en este carácter de etapa primitiva y originaria el rasgo que con más fuerza nos invita a retornar al estudio de la Edad Media. La crisis que se elabora desde el siglo XIX, y de la que la trágica aventura de estos tiempos constituye un

episodio más, tiene como protagonista a este ente histórico que llamamos cultura occidental, y lo cierto es que auguramos su muerte o aseguramos su supervivencia sin tener clara idea de su verdadero contorno y de su desarrollo hasta su constitución definitiva y madura. Y cuando nos planteamos seriamente el problema de los orígenes, desembocamos en un instante decisivo -la Alta Edad Media- que nos ofrece el panorama de una conjunción de elementos culturales -heleno-romanos, cristianos y germánicos- en el que comenzamos a reconocernos y sobre el que se insertan luego nuevas influencias que contribuyen a perfilar su fisonomía.

Vinculado al problema mismo de los orígenes, el estudio de la llamada Edad Media oculta el secreto de cierto acorde fundamental, cuyo sonido perdura a lo largo de todo el proceso de la cultura de Occidente; forman parte de él tonos encontrados y acordados a un tiempo; porque nada menos exacto que ver en lo medieval -como lo quiere un simplismo hartamente frecuente- una continuidad de diez siglos de radical homogeneidad, en la que se descubre sin demasiado esfuerzo la tónica de los siglos burgueses, de la escolástica y de las catedrales ojivales. Sin duda, lo que es esencial en la llamada Edad Media y en el complejo de la cultura occidental no se nos aparece íntegramente dado en una cualquiera de sus etapas; en cambio, sí se ofrece implícito en ese confuso mundo del Bajo Imperio, de las invasiones y las conversiones, de la disgregación prefeudal y del súbito renacimiento carolingio, de las invasiones musulmanas y del cisma de Oriente.

Junto al problema de los orígenes aguarda su recto planteo el de la clara periodización de la llamada Edad Media. Pese a la ausencia de cuadros de conjunto, puede afirmarse que se sabe ya lo suficiente para trazar ciertos esquemas, acaso provisionales, de estas sucesivas etapas de la cultura occidental que se agrupan en lo que se conoce con aquel vago nombre. Porque no todo es raíz y origen en lo que se designa como cultura medieval, sino que hay en ella etapas de desarrollo autónomo, de ciclo completo que, a diferencia del momento genético, constituyen un eslabón, sin que sus características se perpetúen totalmente. Y, a partir de la Alta Edad Media, cabe señalar en el desarrollo de la cultura occidental la sucesión de sus instancias, cada una de las cuales ha desenvuelto la raíz que en aquel caótico y opulento almacigo creyó más prometedora y rica en savia, hasta agotar sus posibilidades. Volvamos, pues, a los orígenes de la cultura occidental, pero no incluyamos en esa etapa lo que es ya desarrollo y culminación de un ciclo.

Como siempre que se cavila sobre la historia, también frente a lo medieval es imprescindible precaverse de las fáciles generalizaciones. Distinguir e individualizar es el principio metodológico primero del conocer histórico. Y si un examen del siglo XIX -digámoslo a guisa de ejemplo- nos enseña a diversificar en su breve curso varias etapas que la proximidad nos permite ver con sus matices diferenciadores, tengamos la prudencia de no afirmar que diez siglos de historia humana pueden ser fundidos en un solo concepto y ofrecidos a la observación bajo una apariencia unitaria.

Bastaría recordar, por otra parte, que la presunta unidad del largo período que transcurre desde la caída del Imperio de Occidente hasta el Renacimiento no le ha sido otorgada por quienes procuraron captar su profundo significado, sino, precisamente, por quienes desdeñaron sus

contenidos espirituales y sus ideales de vida. Al Renacimiento se debe la mancha originaria que acusa esta forma elemental de conceptualización histórica. Y aunque mantiene algo de su prestigio, es hora ya de aplicar a su estudio los preceptos cognoscitivos más categóricos de la ciencia histórica.

La recta comprensión de la Edad Media lleva, sin duda, a una precisa diversificación de los distintos períodos que la integran y a una diversificación no menos afinada de las distintas fuentes de inspiración que laten en ellos. Sólo de esa manera pueden enriquecerse los agostados esquemas unitarios y sólo así será posible restaurar la peculiar fisonomía de los tiempos; porque es contrario a todo intento científico de valorar una cultura o cada una de sus etapas el descarnarlas hasta borrar todo vestigio de su singularidad.

Sin duda, no es todavía una tarea fácil alcanzar una adecuada imagen de la llamada Edad Media, en la que las etapas que la integran adquieran su ajustada fisonomía. Para el público culto pero no especializado, faltarán esos manuales breves y acabados que poseemos, en cambio, para conocer la Antigüedad o la Edad Moderna. Y aunque el lector culto pueda hallar el libro sabio que agota un dominio circunscripto de la cultura medieval, seguirá necesitando el estudio que le proporcione esa visión, esquematizada y rica a un tiempo, en la que una correcta periodización cronológica constituye el almacén para la sucesiva acumulación del conocimiento.

No sería justo atribuir a los especialistas toda la culpa de esa omisión. Seguramente la ingencia del esfuerzo que importa la investigación monográfica los ha inhibido para emprender esa tarea, y quizá contribuya a ello la certeza de que falta aún mucho para poseer una imagen acabada de algunos períodos. Pero no es menos justo reconocer que gravita aún sobre la mayoría de ellos el pesado lastre que ha impuesto el Renacimiento a toda recta discriminación de los contenidos de la cultura medieval.

He aquí, ciertamente, un punto de partida. Acaso nada contribuye a precisar el problema de la justa interpretación de lo medieval como examinar con sentido crítico el proceso de su conocimiento desde el siglo XVI hasta nuestros días. Se advierte entonces hasta qué punto permanece arraigada la caracterización polémica y peyorativa que acuñó el Renacimiento y, al mismo tiempo, cuáles fueron las preocupaciones que desataron, con decisión no menos polémica, las réplicas opuestas a aquel primer intento caracterizador. Puede afirmarse que quienes en el transcurso de la Edad Moderna dedicaron su atención al estudio del pasado medieval rigieron su investigación y moldearon sus conclusiones de acuerdo con ciertos preconceptos doctrinarios, raciales y políticos. Y así, cualquiera que fuera su actitud frente a su contenido espiritual, apenas dedicaron esfuerzo alguno para cerciorarse de si la imagen que apoyaban o combatían se ajustaba a la verdad comprobable.

Esta posición llega hasta el siglo XIX. A partir de entonces la investigación adquiere una indudable firmeza metodológica, pero no sería posible afirmar que se advierte un esfuerzo para abatir los preconceptos, comparable al realizado para acrecentar el saber de hechos. En rigor, esa tarea

conceptual sigue aún hoy en sus comienzos.

Acaso de este retorno contemporáneo a lo medieval surja el esfuerzo destinado a satisfacer esta exigencia del conocimiento científico, que es, a la vez, exigencia de la conciencia histórica. Este retorno -como otros- antes está acentuado por un aura de legitimidad, por una secreta certidumbre de que la cultura se reconoce en sus orígenes y se purifica retornando a ellos. Sustraigámonos al encanto pueril de las restauraciones imposibles, pero no olvidemos auscultar la entraña viva. Ese es nuestro deber en cuanto portadores de una cultura porque para saber si ella ha de morir o ha de perdurar, es preciso que sepamos que fuentes alimentan nuestro río y en qué meandros se detuvieron nuestras aguas: no es prudente -y la conciencia histórica tiene perfil de Néstor- engañarnos con el caudal que hoy trae sin detenernos a remontar su cauce.

